



EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA: D.^a ANGELA GRASSI.

SUMARIO. *A nuestras suscriptoras.*—*El Nacimiento de Dios* (poesía) por D. Abelardo García Montalban.—*La Imágen Milagrosa*, por D.^a Angela Grassi.—*Un traje de 'glasé* (continuacion), por D.^a Enriqueta Lozano de Vilches.—*La huérfana* (balada), por D. José del Castillo y Soriano.—*Variedades.*—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*—*LÁMINAS: Figurin*, n.º 873.—*Grabado de Labores*, núm. 84.

A NUESTRAS SUSCRITORAS.

EL CORREO DE LA MODA entra en el año décimo octavo de su publicacion, y deseosos de corresponder al inmenso favor que le concede el público, aunque sea á costa de los mayores sacrificios, hemos resuelto ponerlo al nivel de los periódicos de su índole mas importantes de Europa.

A este efecto publicaremos, como hasta ahora, cuatro números al mes; pero de mayor tamaño, de los cuales dos serán ilustrados con mas de dos mil seiscientos grabados en negro y cuatrocientos dibujos de bordados. Los trabajos mas primorosos de aguja, las modas mas recientes, los objetos mas útiles de una casa, estarán representados en el texto, acompañados de las esplicaciones mas claras y precisas, para ejecutarlos, de modo que la señora menos hábil pueda salir airosa de su empeño, lo cual, unido á la modicidad del precio del periódico, reportará una verdadera economía á las familias que cuenten en su seno jovencillas laboriosas.

Queriendo, sin embargo, que EL CORREO siga siendo como hasta ahora el mentor de la moral, el propagador de las buenas máximas y los útiles consejos, los otros dos números serán puramente literarios. Bajo el título de *Instrucion*, las señoras hallarán provechosas enseñanzas para saber conducirse en los diferentes estados de la vida, y bajo el de *Variedades* artículos amenos é instructivos, de his-

toria, de viajes, descubrimientos y ciencias naturales. En cuanto á las novelas, tendrán la doble ventaja de ofrecerlas una lectura interesante que captive su espíritu sin que sea perniciosa para el corazon, ni estravie la mente, exaltándola con demasiado exceso.

El pasado es una garantía del porvenir. Bastaria publicar las infinitas cartas que los padres y las profesoras de los colegios de enseñanza han dirigido en todas épocas al Director del CORREO, para convenirse de la moral y benéfica influencia que viene ejerciendo hace tantos años en el seno de las familias.

Deseosos además, de que todas las clases de la sociedad puedan utilizarse de las ventajas que ofrecemos al público, el CORREO tendrá dos ediciones; económica la primera, de lujo la segunda.

La primera, conteniendo los dos números ilustrados y los dos literarios, un figurin, y un pliego de patrones y dibujos, un mes en Madrid 8 reales, tres meses, 20. En Provincias 24 rs. trimestre y 84 un año.

La segunda, conteniendo los mismos números, tres figurines de trajes, un figurín de peinados, y el pliego de patrones y dibujos, 12 rs. al mes en Madrid, 32 rs. el trimestre y 120 un año. En Provincias 38 rs. el trimestre y 144 un año.

REGALO.

Los señores que se suscriban por un año, recibirán un figurin de manteletas en Mayo, y otro de abrigos en Noviembre: los que lo sean por seis meses, uno de ellos, ó sea el que corresponde en el semestre.

EL NACIMIENTO DE DIOS.

A do vais pastores,
Las flautas tocando,
Alegres cantando,
Tañendo el rabel?

A ver al Dios vamos
Que nació en Belen.

Adónde vais Reyes,
Sultanes de Oriente,
A quién tal presente
Correis á ofrecer?

A ver al Dios vamos
Que nació en Belen.

Por qué cantais aves,
Y alegres el vuelo,
Tendeis hácia el cielo?
Decidme, por qué?

A ver al Dios vamos
Que nació en Belen.

Decid, cefirillos,
Que en dulce armonía
Llevais la ambrosía,
A do paráreis?

A ver al Dios vamos
Que nació en Belen.

Y el manso arroyuelo,
Cristal transparente,
¿Por qué su corriente
Aumenta esta vez?

A ver al Dios marcha
Que nació en Belen.

Corramos al templo
Y á Dios adoremos,
Que á él solo debemos
Ventura y placer.

A ver al Dios vamos
Que nació en Belen.

ABELARDO GARCÍA MONTALBAN.

INSTRUCCION.

LA IMÁGEN MILAGROSA.

Cuando los sarracenos invadieron la Península, tambien clavaron su orgullosa Media luna sobre el Puig de Rialp, cerro altísimo que descuella en la pintoresca Cataluña, pero sus habitantes tascaban á duras penas el funesto yugo. Un jóven pastor, llamado Mallent, se puso á la cabeza de un puñado de valientes para defender á su patria de la invasion extranjera.

Un dia, desbandada su pequeña tribu, perseguido por los sectarios de Mahoma, se escondió en una profunda cueva.

La cueva estaba llena de estalácticas tan maravillosas que despedian los mas brillantes resplandores, y á su reflejo Mallent descubrió una efigie del Niño-Dios, que sin duda alguna mano piadosa habia escondido en aquel sitio.

La cueva fué convertida por él y por sus secuaces en

capilla, y desde entonces les sonrió la victoria. Mas tarde, desalojados de todas partes los sarracenos, Mallent mandó construir en aquel sitio una soberbia fortaleza, y no se olvidó de construir tambien en una de sus torres una capilla destinada á albergar la Imágen milagrosa. Mandó venir á los artistas mas afamados de la época, los cuales hicieron un nacimiento para colocar en él la sagrada Efigie, nacimiento que era una verdadera maravilla del arte, lleno de figuritas de marfil primorosamente esculpidas, con ropajes de seda, bordados de oro y de piedras preciosas.

Habian pasado muchos siglos desde entonces, y en todos estos siglos ningun año se habia omitido el mas leve detalle de la piadosa ceremonia, instituida por Mallent, y fielmente respetada por sus sucesores.

En la Noche-buena, al primer canto del gallo, se abrian de par en par las puertas del castillo, y el Señor, seguido de su servidumbre, se encaminaba á la cueva adonde se habia trasladado de antemano la Imágen milagrosa. Allí se oficiaba la misa, y luego todos se dirigian á un cer-

cano bosque, en el cual se veían tres largas mesas cubiertas de vinos y manjares. El Señor, que costeaba la cena, la servía por sí mismo á sus vasallos, fraternizando de este modo con ellos en nombre del Dios de los pequeños. Concluido el acto, volvía procesionalmente al castillo, precedido por el cura, que llevaba la veneranda Efigie, para colocarla otra vez en el nacimiento, siendo admitidos todos sin distinción á admirar la portentosa obra.

Bien hubiera querido orillar esta costumbre el avaro y orgulloso D. Ramon Mallent, que al espirar el siglo XVII era el Señor del castillo; pero en aquella época Luis XIII amenazaba ampararse de toda Cataluña, invadida ya por sus tropas, y el castellano temió en tan difíciles circunstancias enagenarse el amor de sus vasallos.

Así, pues, cuando llegó la Noche-buena de aquel año, y cuando el canto del gallo anunció que eran las doce, se abrieron como siempre las puertas del castillo.

Delante venía D. Ramon, llevando á su izquierda á su hija Alicia, y á la derecha al buen Párroco de la aldea, que era al mismo tiempo capellan de su casa. Detrás venían las dueñas, los pajes, los escuderos, aquellos con hachones encendidos, éstos armados de todas armas. Los aldeanos cerraban la comitiva, cantando villancicos y agitando las ramas de las plantas aromáticas cojidas en los bosques.

Es imposible imaginar nada de mas bello, nada de mas pintoresco que aquella procesion al través de los campos, ya perdiéndose detrás de los matorrales, ya atravesando por medio de los bosques, cuyo ramaje, transparentándose al fulgor de las antorchas, esparcía en torno una claridad verde y misteriosa.

Llegaron á la cueva, cuyas hermosísimas estalácticas, iluminadas con la luz que despedían infinitas lámparas de plata, formaban mil cambiantes, y despues de oír la misa se dirigieron al bosque, en donde estaban preparadas las mesas, y en donde empezaron las danzas y los cantos.

Pero de repente las voces enmudecieron, enmudecieron los ecos de las zampoñas, y hasta el cierzo y las fuentejillas callaron para dejar oír un canto tan suave y melodioso, que parecían notas escapadas de las cítaras divinas.

—¡Silencio, es Conrado! exclamaron de todas partes.

—¡Ven Conrado, ven! gritó el buen pastor de aquellos fieles.

Conrado descendió lentamente de un otero: era un niño de diez años; pero pálido, debil, en fermizo.

—Canta! canta! exclamaron las mujeres, y te daremos con qué enciendas una lámpara sobre el sepulcro de tus padres.

El niño hizo vibrar de nuevo las cuerdas de su laud, y cuando concluyó el canto, todas las mejillas estaban inundadas de lágrimas.

Conrado era huérfano: sus padres se habían dormido el uno en pos del otro en brazos de la muerte, dejándole abandonado. De constitucion endeble, no podía dedicarse á ningun género de trabajo; pero cuando la brisa era templada y el hielo se deshacía, bajaba hasta Talarñ para desempeñar mil comisiones; otras veces se ocupaba en recojer yerbas aromáticas y plantas medicinales, y, por último, cuando sus fuerzas agotadas no le permitían hacer nada de esto, se sentaba al borde del camino y cantaba con una má-

gia igual á la de las sirenas, por cuanto los viajeros se sentían atraídos hácia aquel sitio, y nunca se alejaban sin darle una limosna.

Pero aquella noche de júbilo era de tristeza para el pobre niño, que no veía á sus padres sentados al comunal b anquete. Cuando finalizó su canto, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y el laud resbaló sobre la fresca yerba.

—Vuelve á cantar, mendigo! gritó el señor de Mallent con rudo acento.

El niño no respondió: no podía responder; estaba casi desmayado.

Alicia era una buena alma, corrió á él, y acercó á sus labios su misma copa de oro.

Pero la accion de su hija exasperó la cólera de Mallent, quien prorumpió en improperios contra el pobre niño.

—Señor, se apresuró á decir el bondadoso sacerdote, reparad que Conrado está débil y enfermizo....

—Entonces, ¿para qué sirve en el mundo? repuso brutalmente D. Ramon.

—¡Ah, señor! ¿qué decis? exclamó el buen pastor, ¿olvidais que una sola gota de agua puede hacer rebosar un vaso, que un solo grano de arena puede hacer inclinar la balanza divina hácia un lado ú otro, que basta un solo grano de incienso á perfumar los altares del Eterno?

—Qué cante, ó le hago colgar al momento de esa encina! interumpió con voz foribunda D. Ramon.

El niño, vivificado con el suave licor, cogió el laud y le arrancó dulces y embriagadores sonidos, que repitieron á lo lejos todos los ecos del monte.

Largo rato hacia que había cesado de cantar, cuando aun los circunstantes callaban, embriagados por aquellas dulces notas que agitaban dulcemente las almas, como el céfiro agita las aguas de un límpido riachuelo sin robarlas su tersura.

Despues, mientras los pastores volvieron á sus juegos y á sus danzas, Conrado, cuya mente estaba ofuscada por los vapores del vino, se durmió soñando con sus padres.

No era precisamente sueño el que le embargaba, sino un profundo estupor, al través del cual veía y oía de un modo confuso cuanto pasaba en torno.

De pronto creyó escuchar estas palabras, pronunciadas en voz baja.

—Luis XIII, dueño de la Cerdeña y el Rosellon, quiere po seer á todo trance ese castillo, que es la llave de Puigcerdá, y dará una magnífica recompensa al que mañana haga ondear su bandera en la mas alta de sus torres. Hay una mina oculta que conduce desde una caverna hasta la capilla: ¿cuánto quereis por abrir la puerta que desde la capilla comunica con los corredores del castillo, y franquear el paso á los franceses, que seguirán mis huellas?

—La cabeza de mi amo, respondió una voz conocida, la posesion de Alicia, y tres de los ocho grandes arcones llenos de oro y plata que encierran los subterráneos.

Conrado quiso ver al que pronunciaba estas palabras, pero sus ojos solo distinguían opacas sombras. Entonces, de entre estas sombras le pareció ver surgir al Niño-Dios, rodeado de querubines y nadando en un Océano de luz, el cual le decía con voz dulcísima:

—Anda, Conrado, anda, vé con los demás á la capilla,

ocúltate en un confesonario, y cuando llegue la hora del peligro, muestra á tu orgulloso Señor que los niños, electrizados por la fé, pueden obrar portentos: anda, Conrado, anda, yo voy contigo.

El niño se levantó, corrió al alcance de la procesion, que ya estaba muy lejos, entró con ella en la capilla y se ocultó, en un confesonario. Despues todos se retiraron, y quedó solo: solo con las efigies de los santos que proyectaban una inmensa sombra! El niño tuvo miedo... Habian dejado una lámpara encendida, cuya luz opaca aumentaba en vez de disminuirla, la lobreguez de aquel recinto. Conrado encendió una antorcha; pero su llama titilante iluminaba los objetos con un resplandor rojizo y misterioso que acrecentaba su espanto.

Pasaron las horas; horas interminables, de las cuales cada minuto era un siglo de martirio para el pobre niño.

—Rezaré por mi padre y por mi madre, se dijo en medio de su angustia, y ellos me protegerán!

Y se arrodilló, y oró con todo el fervor de un alma amante y atribulada.

De repente le parece oír un lejano rumor... ¡Son pisadas que se acercan, que se acercan!... ¡Vé moverse una de las grandes losas del pavimento, y asomar por el ahujero una cabeza...

Conrado se esconde detrás del nacimiento y observa.

Trascurren algunos segundos, se abre la puerta de la capilla, y aparece otro hombre, que se dirige hacia el primero: es el traidor, es Beltran, el escudero favorito de su amo!

¿Qué hará? ¿Qué puede hacer Conrado, pobre niño? Si le ven, perece: mas ¿qué importa?

Conrado se abalanza á la puerta, cierra, arroja las llaves en el nacimiento, y amparándose de la antorcha la agita en todas direcciones.

Tan rápida, tan imprevista, tan extraordinaria fué su accion, que cuando los traidores quisieron impedirla, ya las llamas habian devorado las colgaduras, y culebreaban por las paredes.

—¿Qué intentas? gritaron corriendo ciegos de furor hácia el niño.

—¿Qué perezcámos los tres, antes que el pabellon enemigo ondée en nuestros montes! respondió enérgicamente Conrado, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¡Tú morirás, tú! exclamó el escudero asestando un puñal á su garganta.

El niño, herido, cayó bañado en sangre sobre el pavimento.

—Déjale, dijo el francés al escudero, que se preparaba á secundar el golpe, no hay tiempo que perder. Busca tú las llaves; yo sacudiré la puerta.... Mis secuaces están ahí... oigo sus pasos: un minuto de retardo y nos perdemos todos!

Pero la puerta no cedió, las llaves no se encontraron.... Tal vez un sobrenatural terror cegaba los ojos del sacrilego.

Y entre tanto la llama gigantesca subia, subia, y lamiendo la cornisa, se abrió paso por el techo, mientras el humo formaba una espesa niebla.

—Ya está esparcida la alarma, gritó el escudero des-pavorido. Oigo una confusa gritería!... huyamos!....

Y ambos se abalanzaron á la losa entreabierta, pero tan ciego iba Beltran, que queriendo pasar el primero perdió el equilibrio, y rodó por la escalera hasta el fondo del abismo. Los franceses le abandonaron, huyendo precipitadamente al otro lado de los montes.

Cuando los pastores y los habitantes del castillo, dominando el incendio, pudieron penetrar en la capilla, vieron á Conrado de pié detrás del nacimiento, único lugar que habia sido respetado por las llamas. Su pecho brotaba sangre, pero sus lábios sonreian.

Contó el suceso, señaló la losa que habia quedado abierta, y el cadáver de Beltran patentizó la verdad del hecho.

—Señor, dijo el venerable sacerdote á D. Ramon, cuando Conrado fué conducido en triunfo á su presencia; un niño os ha salvado de la muerte: ha salvado el honor de vuestra hija, os ha conservado vuestros bienes, ha impedido que todo el Puigcerdá cayese en poder del enemigo. Aprended á no despreciar jamás al débil; aprended á bendecir á Dios en los mas humildes de los seres y en la mas pequeña de sus obras!

El señor de Mallent no respondió: abrazó lleno de rubor á Conrado y le llamó su hijo.

Desde aquel instante lo fué en efecto. Le envió á estudiar á Cervera, y el niño que abrazó la teología conquistó tal gloria en las letras, que aun hoy repiten su nombre con orgullo los ecos de Cataluña.

Por lo demas el Señor de Mallent hizo reconstruir la capilla, distribuyó todo el oro que contenian tres de sus arcones entre los pobres, y durante toda su vida rindió un fervido culto al Dios-Niño, que es el Dios de los humildes.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

UN TRAJE DE GLASÉ.

(CONTINUACION.)

Y mientras el anciano tomaba su sombrero y su baston, corrió á su cuarto, y con una celeridad estremada se puso

el vestido que tan fatales consecuencias habia traido, y que iba á producir peores resultados aun, murmurando mientras le ceñia á su talle con una agilidad indecible:

—Tengo que cruzar muchas calles con mi padre, y mi vestido de percal está feo y ajado, y sobre todo, vamos á casa del principal de mi hermano, que tiene una hija jóven, á quien no quiero presentarme así.

—Adela, gritó entonces su padre desde el fondo de la escalera, no tardes.

—Voy, respondió la niña empezando á bajar tambien.

Un momento despues salian ambos á la calle; el aturdi- do D. Diego, preocupado con el mal de su hijo no fijó su atencion por un momento en el atavio de Adela.

Así llegaron á casa de D. Juan.

El amor paternal habia corrido mas que la ciencia, puesto que el médico no habia aparecido todavia.

El abogado se hallaba aun en el despacho, presa de mil encontrados sentimientos.

Miguel habia vuelto en sí, y á pesar de su mal estado tenia aun grabadas en su mente las terribles sospechas de su principal, y como el pundonoroso jóven tenia en mas el honor que la vida, se habia incorporado con trabajo, y diri- gia á D. Juan esta pregunta.

—Señor, en nombre del cielo, dígame Vd. quién ha po- dido calumniarme á sus ojos, porque, no lo dudo, una hor- rible mentira pesa sobre mí.

—Cálmese Vd. ahora, que despues...

—No, no; es imposible. Usted me ha herido en el alma, y es preciso que ahora mismo me explique...

—Ya he dicho...

—Mi pobre familia carece hasta de lo mas necesario, solo tengo lo que Vd. me dá, se lo juro: y suponer que gas- tamos mas de lo que ganamos, es lo mismo que dudar de nuestra conducta.

En aquel instante Adela apareció á la entrada de la ha- bitacion.

—¡Dios mio! exclamó Miguel mirándola con ojos asom- brados.

—¡Miguel! gritó la niña corriendo hácia él.

—¿Quién es esta señorita? ¿qué busca aquí? preguntó el abogado, creyendo por el traje de Adela que era hija de alguno de sus clientes, y ofreciéndola un asiento con el ma- yor respeto y cortesanía.

—¡Mi hermana! murmuró el jóven sin dar crédito á sus ojos.

Adela, que no comprendia los diferentes efectos que su presencia producía, se acercó á él, y estrechándole en sus brazos:

—¿Qué tienes? ¿qué te ha dado? nuestro padre viene conmigo.

—¡Hijo mio! gritó entonces á la puerta el angustiado D. Diego, que se habia quedado un poco atrás, sin poder se- guir la rápida carrera de la niña. ¿Qué es esto, qué tienes?

—Padre, ¿por qué viene Adela así? preguntó ante todo Miguel.

El esposo de D.^a Isabel, reparó entonces en su hija, pero sin darle mayor importancia á su adorno, respondió con afán.

—Por... pero eso no importa ahora; lo que yo quiero saber es lo que tienes, qué te ha pasado.

—Que he sido arrojado de esta casa, que sin duda sos- pechan de mí, que...

—¡Cielos! murmuró D. Diego estremecido ante las pa- labras que el dolor, el extravio, la situacion del momento, habian arrancado á su hijo.

—¿Qué se sospecha de tí dices? y qué motivos...

—Pregúnteselo Vd. á él mismo, á Vd., á esta niña, en fin, que se presenta en esta casa haciendo alarde de un lujo, que él mismo lo ha dicho, su sueldo no puede dar de sí, respondió D. Juan con dureza.

Ante estas aterradoras palabras, Adela quedó inmóvil, su padre comprendió parte de la verdad, y Miguel sintió que las fuerzas le faltaban de nuevo.

Estaba deshonorado, y sin saber por qué fatalidad su her- mana habia venido á probar en aquel momento la sospecha que se habia concebido contra él.

Quiso hablar, su padre fué á hacerlo tambien, pero en aquel instante el criado apareció en la puerta diciendo con precipitacion:

—El médico acaba de llegar.

En efectol, e doctor apareció á la entrada, y se dirigió al enfermo, comprendiendo por su aspecto que necesitaba pronto socorro.

Despues de una observacion corta y rápida, aquel hom- bre que poseia una gran ciencia, se apresuró á decir:

—Este jóven ha debido sufrir una terrible emocion, que ha producido el estado en que se halla.

Pero ¿qué tiene? preguntó D. Diego con afán.

—¿Es Vd. su padre?

—Sí señor, respondió el anciano, pero dígame Vd. con verdad qué es lo que tiene mi hijo.

El médico vaciló: creia herido de muerte á Miguel, pero le parecia una cosa terrible decirselo así á su padre: dió algunas respuestas evasivas, ordenó varios medica- mentos, prescribiendo ante todo mucha quietud para aquel jóven, y despidiéndose despues.

—No debia moverse del sitio en que se halla, le dijo á D. Juan que le acompañaba hasta la puerta.

—Es que su padre querrá llevárselo, le contestó el abo- gado cuando estuvieron cerca de la escalera.

—Que hagan lo que quieran: de todos modos...

—¿Qué?

—Este jóven vivirá muy pocas horas.

—Pero ¿qué tiene?

—Una mortal afeccion de pecho que le conducirá al se- pulcro en otro vómito de sangre.

—¿Y ese mal?...

—Debe haberlo sufrido hace dos ó tres años: pero en este momento ha estallado repentinamente.

—Sí, hace algunos años que le tenia, pensó D. Juan cuando se quedó solo, ninguna responsabilidad tengo en este hecho, que la casualidad ó la mala conducta de estas gentes ha producido.

Media hora despues, Miguel, conducido en el carruaje de su principal, llegaba á las puertas de su casa, donde le esperaba su pobre madre y la hermana que tanto le amaba.

(Se concluirá.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES.



LA HUÉRFANA.

BALADA.

—Despierta, madre mía!
Madre, despierta!
Dí, por qué me abandonas?
Por qué me dejas?
Ay! no me quieres,
Madre mía, te has ido
Pero no vuelves!

Ya en mis rubios cabellos
No pondrás flores
Ni oiré los dulces ecos
De tus canciones;
Quiero besarte
Y dormir en tus brazos,
¿Dónde estás, madre?—
.

Pobre niña! Sus ayes
Recoje el viento,
Y á sus tristes gemidos
Responde el eco;
Y solo, madre!....
Vagamente repiten
Montes y valles.

Y llega á las cabañas
Y á los palacios,
Pregunta por su madre
Bañada en llanto;
Dicen: ha muerto!
Y un anciano responde:
—«Está en el cielo.»—
.

Flotaba en los espacios
La sombra negra,
La niña alzó sus ojos
Y vió una estrella;
Que con sus rayos
Iluminó su frente,
Secó su llanto.

—Cómo te envidio, estrella,
Que estés tan alta,
Tú verás á la madre
De mis entrañas;
Díle que venga,
Ó me lleve á su lado,
Quiero ir con ella!

Cuando por tí pregunto
Se burlan todos,
Se mofan de mis ayes,
Rien si lloro;
No hay quién me ampare,
Estoy sola en el mundo,
No tengo madre!—
.

Y sábios y guerreros
Y trovadores,
Gloria y amor le ofrecen
En sus canciones;
No escucha á nadie,
Y tan solo murmura:
—Quiero á mi madre!—

Suenan lejos... muy lejos...
Gritos de fiesta,
Y la niña mirando
Siempre á la estrella;
Siempre anhelante,
Es tan triste... tan triste...
No tener madre!

.
.

La estrella que la niña
Siempre miraba,
Ocultóse una noche
Tras nube blanca;
Bajando un Ángel
Que murmuró á su oído:
—Ven con tu madre.

Dibujaron sus labios
Triste sonrisa,
Reflejóse en su rostro
Dulce alegría,
Púsose pálida,
Y entre Ángeles y nubes
Voló su alma.

De la tranquila aldea
Turbó el silencio,
La voz de la campana
Tocando á muerto;
Y las muchachas
La ciñeron de flores
Ricas guirnaldas.

El brillo de sus ojos
Está apagado,
Blancos cual la azucena
Tiene los labios;
Blanca la frente...
Que su candor no pudo
Borrar la muerte!

Y allá por los espacios
Blancos y azules
Se oye al par que se encuentran
Dos blancas nubes;
—Hija adorada!—
Y una voz que responde:
—Madre del alma!!

Ya por fin de los cielos
Miróse cerca,
Y la region traspuso
De las estrellas:
Dios es muy grande,
Y al fin lleva á los hijos
Junto á sus madres!!

JOSÉ DEL CASTILLO Y SORIANO.

VARIEDADES.

La mas poética de las flores.

Con el título de *Historias y leyendas de las plantas útiles*, se acaba de publicar en París un bellissimo libro, debido á la pluma de Mr. J. Ramboson, del cual extractamos las escasas líneas que consagra á la mas graciosa y poética de las flores:

«La myosotis, dice, cuyo nombre derivado del griego, significa *mus*, raton, y *otos*, oreja, se le ha dado sin duda aludiendo á la forma de sus hojas, es una linda planta, de flores elegantes, blancas, color de rosa ó de un azul pálido.

Las dos principales especies son: la myosotis de los pantanos, cuyas flores, dispuestas en racimos, ostentan los pétalos azules y el cáliz amarillo, y la myosotis de los campos, de flores diminutas, que aparece con la primavera y no cesa de renovarse durante todo el estío.

Además de estas dos especies principales, hay una prodigiosa variedad de otras intermediarias.

La myosotis se encuentra en casi todas las regiones de Europa, en los pastos, en las llanuras, en los pantanos, sobre las montañas y las colinas, y, por último, en los campos y los bosques, produciendo un encantador efecto sobre el césped verde y perfumado.

Con ella se adornan los sitios frescos y húmedos de los jardines, y los bordes de los estanques. También crecen en los vasos de búcaro y en las jardineras que decoran los salones.

Suelen aplicarse á esta pequeña planta los epítetos mas tiernos y gratos: *mas os veo y mas os amo; acordáos de mí*, y en Alemania, en donde es una flor emblemática, como entre nosotros el pensamiento: *no me olvides*.

¿Quién no ha oido referir la deliciosa leyenda que ha dado origen á este nombre? Pero aunque tan sabida, place siempre á los corazones sensibles escucharla y referirla.

Dos jóvenes prometidos, la víspera de su enlace, se paseaban por las orillas del Danubio. Una florecilla azul celeste se balanceaba sobre las aguas, próximas á arrebatarla en su rápida carrera. La joven admira á la flor y lamenta su destino; el amante se abalanza á cojerla, y cae en el rio mujerte y caudaloso.

Entonces hace un supremo y último esfuerzo, arroja la flor á las plantas de su amada, gritando: *no me olvides*, y desaparece para siempre entre las turbias ondas.»

* *

La nieve encarnada.

Un viajero alemán, que acaba de visitar la Noruega, nos habla de un extraño y curioso fenómeno observado muchas veces en los Alpes, los Pirineos y sobre las cimas indianas de Hímalaya. En las regiones superiores la nieve toma un tinte encarnado muy fuerte, sobre todo cuando se reflejan

en ella los rayos del sol. No es solo como dice poéticamente el alemán Haller: «La mirada de Dios, la llama de la vida, la que colora las crestas de las montañas, sino un licor rojo encerrado en la misma nieve, y mezclado á la sustancia blanca que presenta el agua condensada.»

A medida que iba andando, dice el viajero, antes citado, mis zapatos dejaban una huella rojiza sobre la nieve parecida á un rastro de sangre. Asombrado, y casi asustado al ver este fenómeno, consulté á mi guia, que era un buen irlandés lleno de supersticion y enemigo de la ciencia. Este me contó, por toda respuesta, algunas leyendas. Tan pronto se trataba de la Diosa Freya, que habiendo sido herida por el lobo Feuris, habia manchado con su sangre los montes de granito, tan pronto esta sangre era la que habian esparcido los mártires cristianos, y, por último, me dijo que era la de las víctimas sacrificadas al furor del rey Cristierno, tirano de Suecia y de Noruega, añadiendo que los montes cubiertos de nieve se enrojecieron con estos atentados, como los crímenes y las pasiones humanas dejan sus huellas sangrientas sobre las páginas blancas de la historia.

No me contenté con estas esplicaciones, me llevé un poco de nieve, y solo, en mi laboratorio, averigué que se componia de cuerpos organizados de formas y naturalezas diferentes, de los cuales los unos eran vegetales y los otros dotados de vida y movimiento. Variaban en el color desde el rosa pálido al encarnado muy oscuro, y corrian en todas direcciones con una rapidez increíble.

Esto me probó, lo que nadie habia sospechado hasta ahora, esto es, que existen en la nieve encarnada una infinidad de seres microscópicos, que son evidentemente animados, y que constituyen una de las mas asombrosas maravillas del Artífice divino.

* *

El lujo.

Quando tanto se declama contra el lujo actual, bueno es recordar el que se ostentaba hace ya muchos siglos entre los Romanos, de cuyas costumbres son las nuestras un pálido reflejo.

Dejando aparte los trajes de púrpura, tejidos de oro y bordados de rubies y diamantes, nos ocuparemos tan solo de los accesorios.

Heliogábalo llevaba en las grandes ceremonias unas pantuflas enteramente cubiertas de piedras preciosas, esculpidas de un modo prodigioso. La diadema de la Emperatriz Sábina valía mas de seis millones, y se estimaban en tres millones los pendientes de Popea.

El anillo que solia llevar la Emperatriz Faustina, costaba un millon, y Antonia, mujer de Druso, adornaba con aretes de brillantes y rubies los peces de sus viveros.

No habia dama de alguna suposicion, que no tuviese dobles joyas, las mas pesadas para el invierno, las mas ligeras para el verano.

Los zapatos y las botinas que reemplazaron á las sandalias, sujetas á la pierna por medio de cintas de oro, tenían las suelas rodeadas de perlas, y la parte superior cubierta de arabescos de oro y de diamantes.

El abanico, que no se cerraba como el nuestro, consistía en un tejido de plumas sedosas artísticamente montadas sobre una armazon redonda, oval ó triangular, en cuyo centro brillaba un espejo de oro ó de acero bruñido, rematando en un mango de márfil delicadamente cincelado.

Para protegerse contra los ardores del sol, llevaban sombrillas iguales á las nuestras, pero realzadas tambien por el oro y las piedras preciosas.

Por último, si no usaron guantes, lo cual no está todavía bien averiguado, en cambio se cubrian los dedos de sortijas, que valian un tesoro, y no solamente se adornaban los cabellos, el pecho y los brazos con una multitud prodigiosa

de joyas, sino que hasta rodeaban de espléndidos aros la garganta de los piés.

¿Tiene por ventura comparacion con esta pesada y fastuosa magnificencia nuestra moda actual, ligera, graciosa y llena de sencillez en medio de sus mismos esplendores?

Lo que hacemos ahora cuando mas, es imitar sus caprichos, y en efecto, limitándonos á un solo detalle, ¿no recuerdan esas lindas corbatitas, que empiezan á usarse formadas de un petit-gris ó una pequeña marta, aquellas culebras hermosas é inofensivas que las damas romanas rodeaban á su cuello ó á sus brazos? Sin embargo, entre un capricho y otro, media un abismo: el precio.

LABORES.

Las de tapicería ó cañamazo han ocupado desde tiempos muy remotos, un lugar preferente entre las labores de la mujer, conservando toda su importancia, á pesar de las infinitas que se inventan cada dia. Esto constituye su principal elogio, si alguno necesitaran para quien una vez haya admirado sus numerosas variedades y aplicaciones. Deseando ofrecer á nuestras lectoras modelos de todos géneros, les ofrecemos hoy en el segundo de nuestro grabado un dibujo para *cañamazo* á propósito para alfombras, tapetes, portiers, y otros objetos confortables.

Forma este dibujo cuadros de dos colores, y se compone de cinco colores todo el bordado, que van marcados al pié del dibujo, y que empezando por órden desde la izquierda son: negros, grana, azul Prusia, maiz y blanco; no hay mas que buscar en el dibujo los cuadros que á estas señales corresponden, y bordarlos con los colores indicados. Si se destina esta labor á alfombra ó manta para carruaje, debe forrarse de una capa de entretela con forro de seda, y lo mismo si sirve para portiers ó edredon.

La labor señalada con el núm. 1 es una cenefa de cinta y estrellas de calado, á propósito si se hace en blanco para

enriquecer objetos de lencería, y muy aplicable si se ejecuta con cinta de raso para adornar abrigos de cachemir, paño ó terciopelo, y vestidos.

Ejecútase con una cinta doblada en cuadros, que teniendo á la vista el dibujo se obtendrá sin dificultad, advirtiendo además nosotros, para facilitar la comprension, que la cinta va siempre doblada hácia adentro, y el doblado se coloca en medio del cuadro como haciendo cucuruchos. Esta cenefa de cuadros se sujeta por medio de una bastilla en el centro, y cuando se tienen dos cenefas iguales, se cosen por los picos, haciendo en el cuadro, que resulta claro, una estrella de festones flojos hácia el centro, y sobre el primer órden de presillas ó festones otro mas apretado, como muestra el dibujo. Esta estrella se ejecutará con seda del color de la cinta, ó con algodón si la labor se destina á objetos de lencería.

Hoy que los adornos de hojas y trenzas tienen para los trajes tanta aceptación, recomendamos este como mas sencillo y de tan buen efecto.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin núm. 873.

FIG. 1.^a TRAJE PARA CALLE Y PASEO.—*Vestido* corto de failli ó terciopelo epinglé, adornado de bieses de raso y fleco del mismo color.

Falda doble, la primera terminada por menudos picos orillados de un biés de raso, y la segunda mas corta, cortada por abajo en dientes ó almenas grandes, orilladas igualmente por otro biés: otro biés marca mas arriba otro órden de almenas aun mayores, con grande fleco en las líneas rectas, cuyo adorno figura una tercera falda.

Cuerpo alto y liso con cordon de seda en el hombro, que baja á terminar á cada lado de la falda, con lazo y borla, pasando por debajo del cinturon, de la misma tela, con anchas caidas por detrás, ribeteadas de raso. *Manga* doble, justa la primera y abierta desde la pegadura, y cortada en dientes cuadrados la segunda.

Sombrero de terciopelo negro, de forma de birrete cuadrado, con el ala estrecha de raso color de rosa, igual á las bridas, que le terminan por detrás. Le adorna por delante un pequeño lazo, y una media peonía, con los primeros pétalos de terciopelo, y los restantes de raso.

FIG. 2.^a TRAJE DE BAILE.—*Vestido* de raso color de oro con otro encima de tul blanco.

Falda de raso con estensa cola, y sobrefalda de tul blanco, recogida á los costados por cuatro cintas de raso color de oro, que parten del cinturon, cruzándose para levantar la falda en el costado opuesto: cada cinta, termina en una borla, y el cinturon en grandes caidas por detrás.

Cuerpo escotado, con biés de raso y manga de bullon con borlas encima.

Prendido-velete de encaje blanco, sujeto á una diadema de cinta color de oro, que termina con caidas cortas, repitiéndose mas atrás otro lazo, y completando el prendido una rosa blanca sobre la diadema, y otra debajo de la barba para recoger el velete como un broche.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



Lamoureux imp.r. Laçépe de 38, Paris

Jules Dorey Ad. Goubaud Ed à Paris

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92

Coiffures de la M^{me} Noailles et C^{ie} Delacroix Suc^r. r. de la Bourse, 4. - Modes et Alexandrine, r. Meyerbeer, 2. (C^{ie} d'Antin)
 Plumes et Fleurs de Perrot Petit et C^{ie} r. N^{ve} S^t Augustin, 20. - Fourrures de la M^{me} G^{ie} Bouheux et frères à l'Hermine, Chauss^{ée} d'Antin, 7.
 Dentelles de Violard frères, r. de Choiseul, 3. - Cachemires des Indes Le Persan, r. Richelieu, 78.
 Sous-jupe acier S. Creuxy Bandelier et Roche, r. Montmartre, 133. - Parfumerie des Fleurs de la M^{me} Cook rue de Grammont, 28.
 Machines à coudre de M.C. Gritzner, Boul^{levard} de Sébastopol, 82.

Entered at Stationer's hall

LONDON, F. Walton, 22, Tavistock Street Covent Garden, W.C.

MADRID El Correo de la Moda D. M. Grassi

C

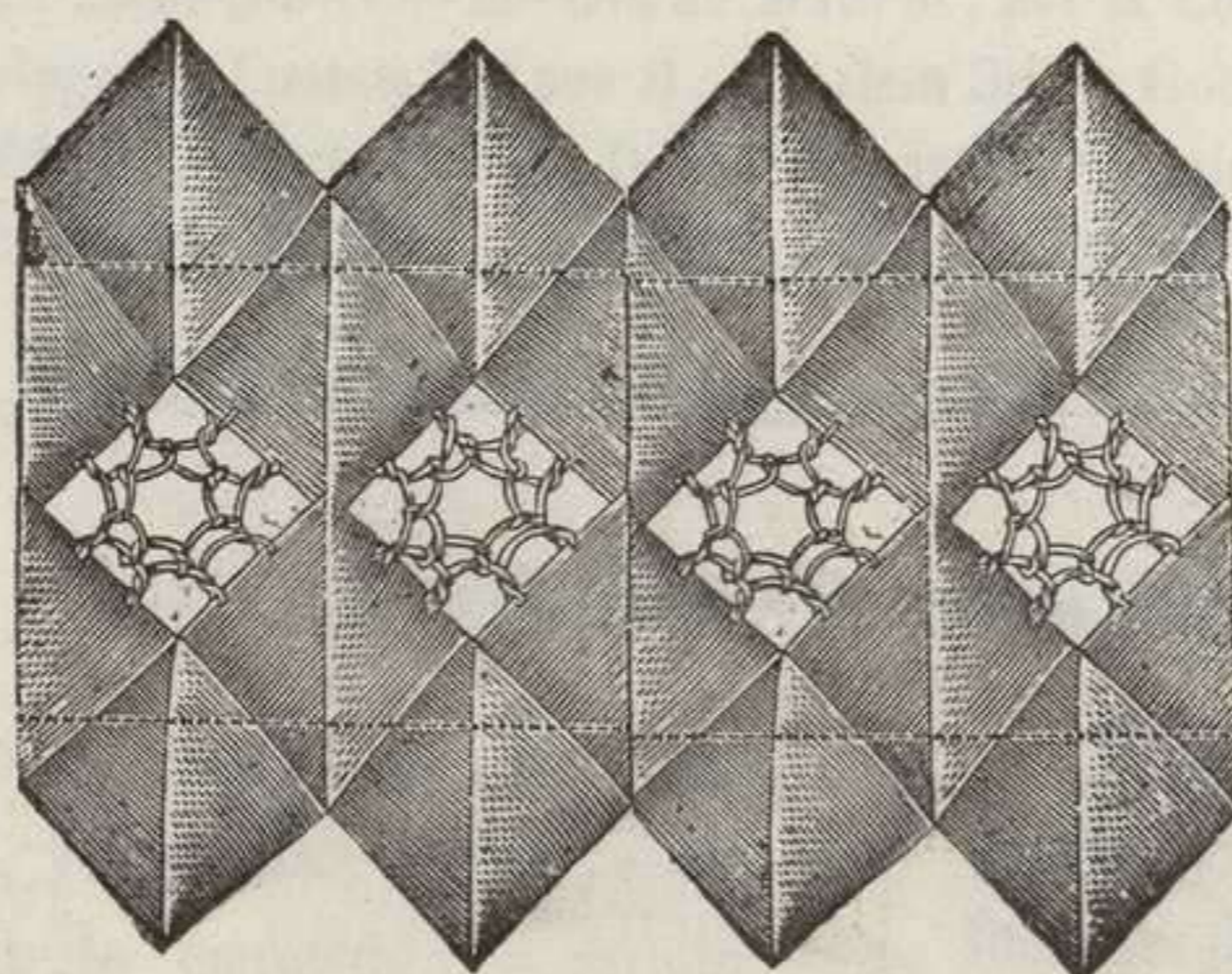
D

EL CORREO DE LA MODA.

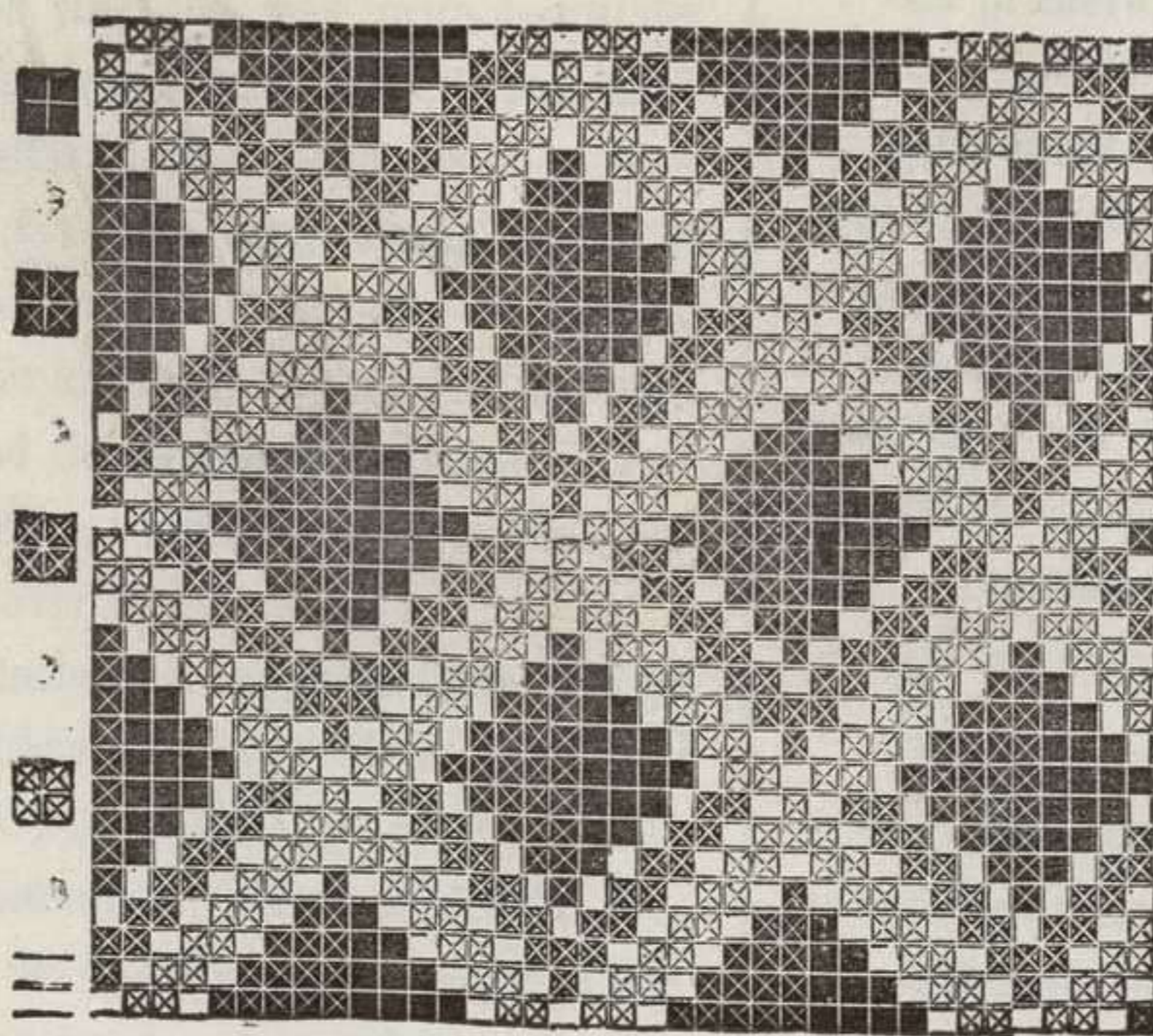
PERIÓDICO DE LITELAFERIA, MODA, TRAJES, LABORES Y BORDADOS.

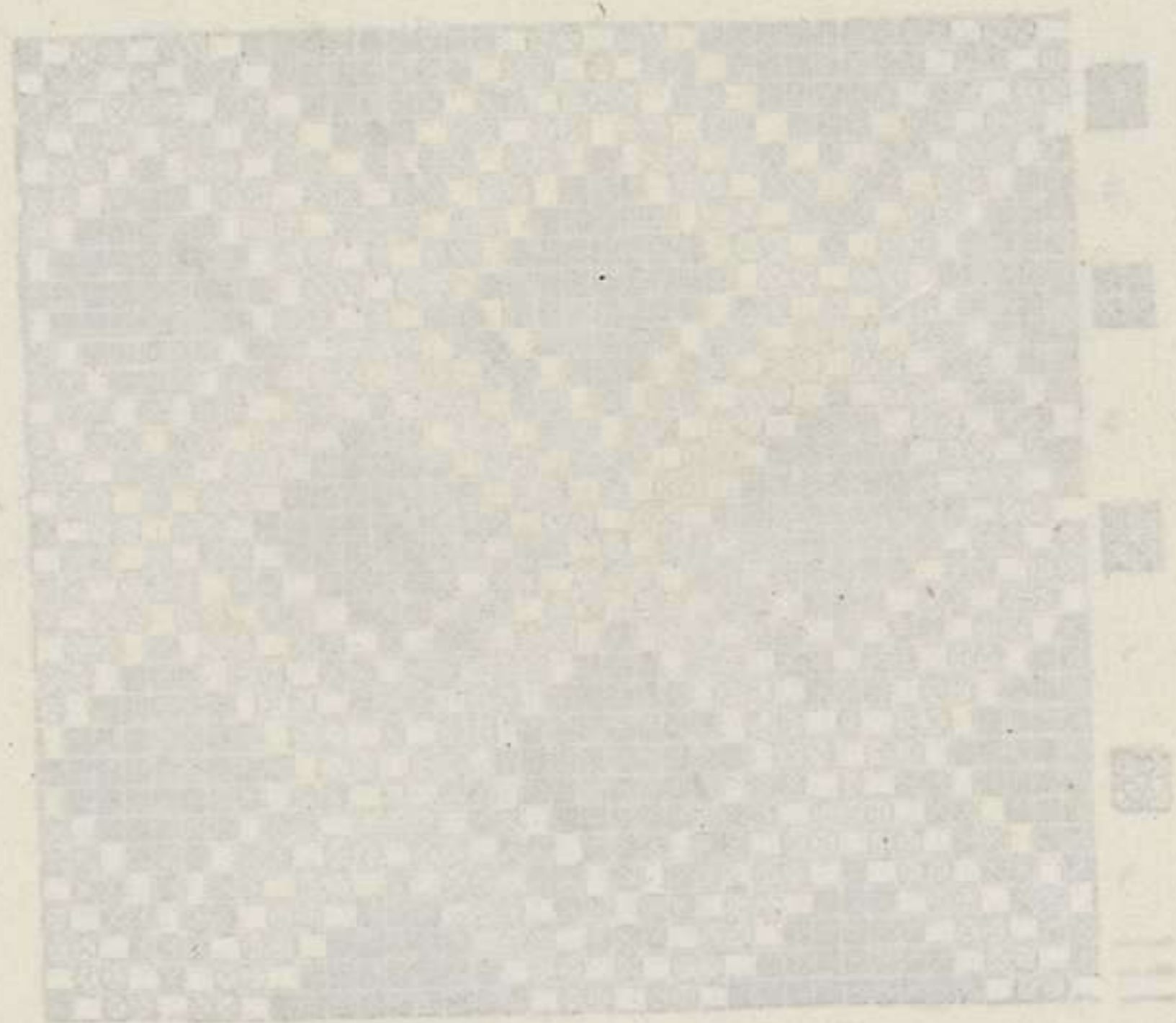
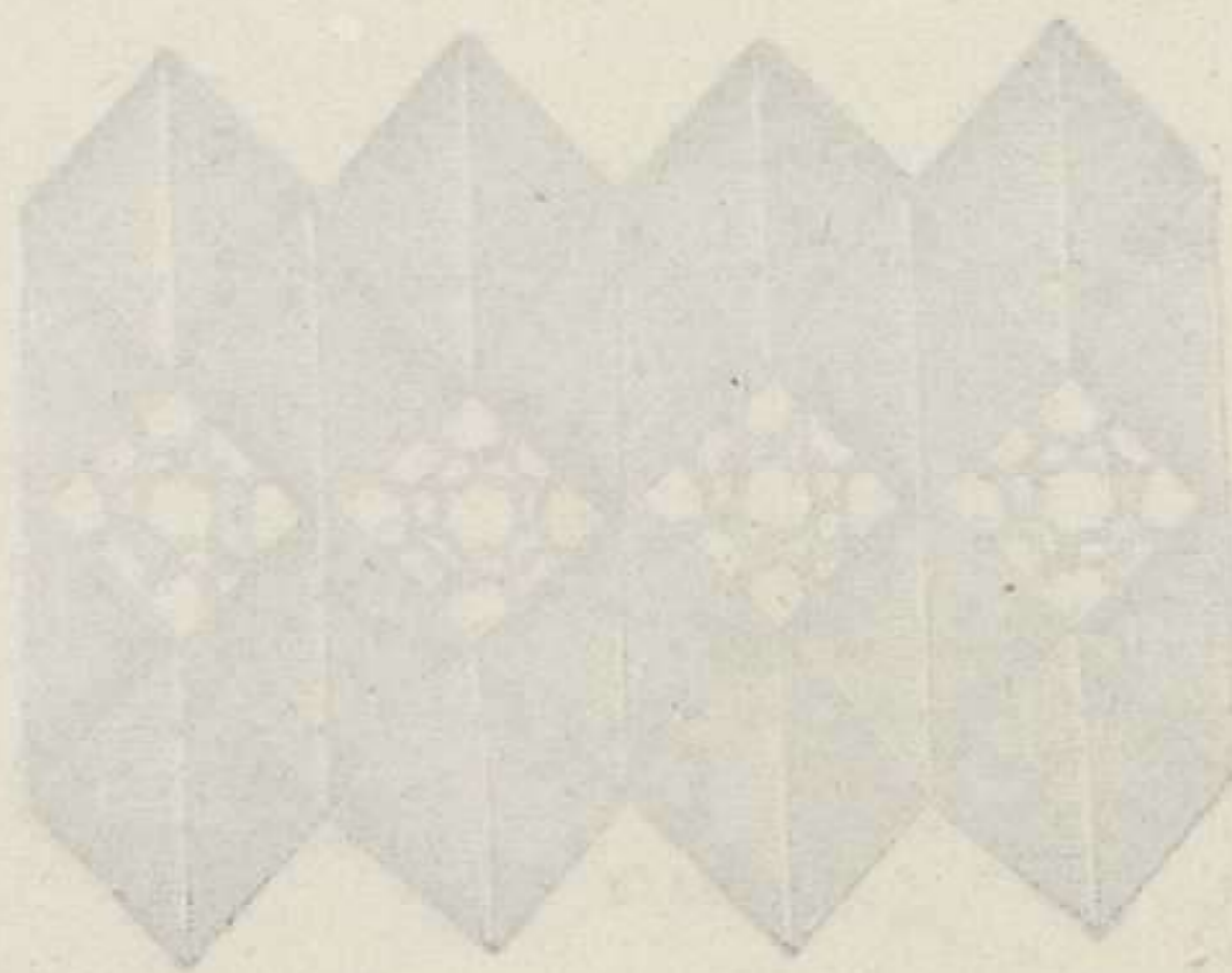
DISEÑO DE LA APILA GRASA

1



2





D